

REVISTA LITERARIA KATHARSIS

EL PASCOLA

Emma Dolujaboff



Digitalizado por Katharsis
[http:// www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)
Rosario R. Fernández
rose@revistakatharsis.org

EMMA DOLUJABOFF (1922 -)

Hija de emigrados rusos nació en la ciudad de México el 8 de diciembre de 1922. En 1945 se graduó en la escuela de medicina de la UNAM y obtuvo la especialidad en Neuropsiquiatría; fue médica interna del Sanatorio Floresta hasta 1957, y más tarde de la escuela de orientación para mujeres; publicó algunos de sus poemas en la "página médica" de "El Universal". Médica del Departamento de Psicopedagogía y directora de exámenes de admisión de la UNAM de 1966 a 1983.

"La querencia de Emma Dolujanoff por las tierras del Mayo y sus gentes" como mencionan en "Cuentos del Desierto" surgió cuando acompañaba a su padre a sus viajes en ferrocarril por la costa del pacífico. De 1943 a principios de los 50's pasaba temporadas en Camahuira donde prestaba sus servicios médicos a los indígenas además hizo buenas "vigas" con ellos, en especial con la curandera y adivina de los indios, la cual se convirtió en una protagonista del cuento "Maria Galdina". El Licenciado Abad Navarro asegura que "todas estas visitas la prendan profundamente al grado de sentirse tan sonoreense como capitalina." Dando como resultado sus trece cuentos publicados en "Cuentos del Desierto".

"Mujer lúdica que en los años cincuenta peregrinaba hasta Alamos para aventurarse en sesiones de espiritismo y juegos de güija y que relata haber recolectado de las playas, en los años cuarenta, cazos loqueados donde comían arroz tripulaciones de hipotéticos submarinos japoneses que exploraban el Mar De Cortés; hasta hay quien asegura, en la región, haber divisado un periscopio." ("Cuentos del Desierto").

Emma Dolujanoff fue becaria del Centro Mexicano de Escritores de 1957 a 1959; con Héctor Azar, Juan García Ponce, Elena Poniatowska Tomás Mojarro, Emilio Uranga entre otros más.

En 1966 participó en "Los narradores ante el público" organizado por el Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA). Este material fue recogido en dos volúmenes y publicados por la Editorial Joaquín Mortiz.

<http://www.her.itesm.mx/academia/profesional/humanidades/literatura/Dolujanoff.html>

EL PASCOLA

A Manuel Madrazo Garamendi

"...porque si un gato acosado, encerrado y apretado se vuelve en león, yo, que soy hombre, Dios sabe en lo que podré volverme..."
—EL QUIJOTE. Parte II. Cap. XIV.

Noche de Jesucristo en Camahuíroa. Procesoión de fariseos, noche de matachines y pascolas. Sobre todo de pascolas, y Matías había sido pascola, y no sólo eso, sino el mejor danzante de todos ellos. Por eso es que ahora no puede apartar los ojos de su traje de fariseo: unos trapos rojos y el capuchón negro con dos pequeñas aberturas. Los trajo el viejo Cosme. Llegó al atardecer, a esa sola hora del día en que el sol entra por la puerta abierta del jacal y se queda un rato sobre el piso. Encerrado en un cuadro, grande al principio, pronto comienza a encogerse, como si fuera una tarraya de luz que alguien, desde el cielo, fuera jalando poco a poco. Es a esa misma hora cuando el niño arrastra a la tullida hasta meterla en ese pedacito de sol, que todos los días viene a tenderse sobre el piso de tierra suelta. El niño se queda quieto, mirando cómo, desde la tierra, se va levantando el calor para ir a pegarse en el cuerpo casi muerto de la madre. Y en su lugar, rompiendo la luz, la sombra de la tullida sobre el piso. El niño tiene tiempo de trazar varias veces con su dedo el contorno de la sombra, y cuida de no borrarlo, cuando, de nuevo, arrastra a la tullida a su rincón. Eso lo hace todos los días y, después, ya mucho más tarde, vuelve a dibujar una y otra vez la sombra. Tal vez piensa que así ella puede quedarse otro rato en el calorcito del sol, mientras el viento frío de la noche entra por todas las rendijas. Y Matías... él piensa que el sol da una maroma para entrar a su jacal tan sólo para que el niño juegue dibujando una sombra sobre el piso.

Todos los años, desde hace seis, el viejo Cosme viene el mismo día y a la misma hora y dice las mismas cosas. La primera vez que vino, trajo dos escapularios: uno para el niño, que estaba recién nacido, y otro para Matías chico, que entonces cumplía doce años. Pero eso sólo la primera vez. Después, nada más el traje de fariseo para Matías. Sí, hoy también, al atardecer, a esa única hora del día en que el sol entra por la puerta abierta del jacal, llegó el viejo Cosme. Se detuvo un momento en el umbral. Parado sobre la sombra de la tullida, se santiguó. Traía pendiente de su brazo izquierdo el traje de fariseo; del derecho, el atuendo de pascola y él mismo fue a colocarlos, con mucho cuidado, sobre una silla.

-Viene llegando la hora del Nacimiento de Jesucristo. Esta es Su Noche y está bendita -dijo a modo de saludo y volvió a santiguarse.

-Sí, es de Jesucristo la noche -contestó Matías y también se santiguó.

-Matías, pascola por herencia de tu padre, y tu padre por herencia de tu abuelo. Llevas seis años en la procesión de los fariseos porque faltaste a la ley de tu juramento.

-Falté a la ley de mi juramento.

-Faltaste a la ley de los pascolas, porque fuiste cruel. Castigaste sin ver la culpa con tus ojos y sin oírla con las palabras de la castigada.

-Fui cruel. Castigué sin ver la culpa con mis ojos y sin oírla con las palabras de la castigada.

-La murmuración se te hizo odio. No tuviste justicia y no tuviste lástima. Castigaste por odio.

-Castigué por odio.

-Matías fariseo: en este día, la mentira está muerta en todas las bocas. Matías, pascola por la herencia de Sebastián tu padre: ¿tú hablarás con la verdad?

-Yo, Matías fariseo, y yo, Matías pascola, hablaré con la verdad.

-Pascola Matías, ¿tienes todavía rencor en el alma?

-Tengo rencor en el alma.

-Por ese rencor, Matías, tú irás en la procesión de los fariseos en esta noche de Jesucristo. Y sólo cuando Dios te limpie el corazón, volverás a bailar el pascola.

-Para cuando Dios me perdone, voy a tener el miedo del venado...

-Y también sus alegrías, Matías, porque en los ojos del venado y en el alma de los viejos puso Dios toda su bondad. Por eso es que el *viejo de la fiesta* baila el pascola con todos los movimientos del venado y contesta con verdad y gracia a las preguntas de todos. Con verdad y con gracia, por eso es que no puede llevar odio en el corazón.

-Dios tarda para perdonar los pecados grandes. Pero cuando llega a perdonarlos, ¿hay modo de saberlo, Pascola Cosme?

-Cuando el odio se va del corazón, es que Dios ha perdonado -dijo el viejo y se acercó a la silla para recoger el traje de pascola.

Con él en la mano, se santiguó en silencio y salió sin añadir nada a lo que ya había dicho. Entonces fue cuando Matías se sentó y se quedó mirando los trapos rojos. Anocheció. En un rincón, agazapados en la penumbra, los ojos del niño y el llanto de la tullida. Sobre la mesa, una vela alumbrando los trapos rojos y también, de vez en cuando, los ojos del niño. A ella no la ve, como si sólo fuera un llanto que nadie llorara.

A la luz temblorosa de la vela, los trapos rojos parecen moverse. Mientras Matías miraba los ojos del niño, alguien se ha metido dentro del traje de fariseo y se ha cubierto la cabeza con el capuchón. Matías intenta levantarse, pero el otro ya está trepado sobre la mesa, con sus brazos rojos extendidos hacia él.

"Los ojos del niño y el llanto de la tullida juntos, metidos en este traje de fariseo..." -piensa Matías.

El otro parece oírlo. Acercando el capuchón hasta casi pegarlo a su oreja, le contesta:

- ¡Nada de ojos ni de llanto! Yo sólo soy el Diablo.

-El odio que no me deja ser pascola es el que rellena esos trapos rojos -piensa Matías, pero esta vez en voz alta.

-Eso del odio ya está mejor. Pero de todos modos, quiero que sepas que yo soy el Diablo.

-El Diablo... sí, puede ser que de veras seas el Diablo... quién más puede remachar tanto este rencor que no me deja hablar con la verdad... voy a dejar que maten a Matías chico... yo sé toda la verdad que se necesita para salvarlo, yo sé que él no mató al *Yori* Pablo Romero... ¡fue Marcelino, mi hermano!... Sé también dónde dejó escondido el dinero... Sí, tú debes ser el Diablo... sólo el Diablo puede amarrar la verdad con tanto odio... A Marcelino me lo dejó encomendado mi padre... pero si Matías chico resulta ser mi hijo... a los hijos nos los deja encomendados Dios... si resulta que es mi hijo. y yo dejo que te maten... doce años me pasé creyendo que era mi hijo, hasta que se me metió este veneno de la duda... pero si de veras fuera siendo mi hijo. y yo dejo que lo maten...

-¡Qué va a ser hijo tuyo! -interrumpe el otro-. ¿No te dije bien claro Anselmo que era hijo de él?

-¿Y el niño? Este que está aquí ahora, ¿éste sí es mío?

-Bueno, puede ser que éste sí sea tuyo... ya Anselmo estaba bien muerto antes de que naciera... pero Matías chico es hijo de Anselmo.

-¿Y si no fuera así? ¿Si resulta que todo fue pura envidia de Anselmo?... porque yo a ella la tullí sin ver su pecado ni oírlo con sus palabras, nada más por el odio de la murmuración, como dice el viejo Cosme... fui y la tullí a patadas, y después este ardor de infierno metido en el pecho por estarla viendo tullida todos los días de estos seis años.. .

-Parece que tienes remordimientos. ¡Mira bien lo que ella to hizo!... ¿O será que todavía la estos queriendo? -preguntó el otro riéndose.

-Es que yo la oigo llorar a todas horas desde que agarraron a Matías chico... sí, puede ser que tenga remordimientos y también, tal vez, esté queriéndola todavía... ¡Anda, sácame todas esas mentiras con que me llenaste los ojos!... ¡Anda, maldito!... Tú tienes que saber la verdad... anda, dime ya de una vez que Matías chico es mi hijo...

-No es tu hijo.

-Tú eres el maldito que no me dejas salvarlo... anda, dime que es mi hijo, dímelo ya... por favor, ¿qué te cuesta decírmelo? Mira, yo a ti te creo lo que me digas... ¿verdad que sí es mi hijo? -ruega Matías llorando.

-Es el hijo de Anselmo.

-Puede que tengas razón... claro que tienes razón... ¿para qué tenías que mentir tú?... Es el hijo de Anselmo... ¡que lo maten si quieren!... eso es cosa que a mí no me toca sufrir ni tengo para qué irles con la verdad... yo sólo tengo que vestirme con esos trapos color del infierno, color del Diablo, si es que el malo tiene color... sí, tiene que tenerlo... todo él es rojo por fuera y negro por dentro... rojo y negro...

-Mira, Matías, no es para tanto eso del color. Fíjate en lo rojo del sol, cuando ya casi quemándose se hunde en el mar para apagarse, y después se va corriendo al infierno por más lumbre y regresa a otro día a alumbrarte los pecados y así todos los días, sin cansarse nunca. El rojo es un color y sólo eso. Un color cualquiera, como el verde o el azul.

-Sí -dice Matías-, lo rojo es rojo y lo negro es negro... y el azul y el verde... sólo Dios sabe de dónde sale lo rojo y de dónde lo negro y todos los demás colores... sólo Él, sólo Él que lo permite sabe de dónde saca tantas lágrimas la tullida...

-¡Lo van a matar, Matías! -grita ella de repente. Su voz llega a Matías desde atrás del niño, como un poco opacada por su cuerpo. La tullida ha dejado de llorar. El traje de fariseo, ya vacío, está otra vez en el mismo sitio donde lo dejara el viejo Cosme.

Afuera, la noche de Jesucristo. Están encendiendo las lumbradas alrededor del Mezquite Grande. Ya es la hora de vestirse. Matías se levanta y comienza a ponerse su traje rojo. Lo hace lentamente, con los ojos fijos en el rincón de la tullida. Ella vuelve a gritar:

- ¡Lo van a matar, Matías!

El parece no oírla. Continúa vistiéndose.

-¡Que no oyes, Matías? ¡Lo van a matar! ¡Por tu culpa lo van a matar!

-Sí, lo van a matar -por fin puede decir él.

La tullida quiere despegar su cuerpo de la silla. Esta vez su grito parece venir desde la tierra:

-¡Tú no puedes quedarte callado! ¡No puedes dejar que lo maten! ¡Tú sabes la verdad!

-Todos saben la verdad.

-La verdad no es la que todos saben... la verdad es la que tú gritaste cuando te quedarte sentado allí, como viendo visiones.

-Yo sé lo que todos saben.

-Ve a decirles la verdad, Matías, ve a decírsela para que no te maten...

El ha terminado de vestirse. El trapo negro le cubre ya la cabeza. Por detrás de

las aberturas del capuchón, sus ojos siguen fijos en el rincón de la tullida.

-Tú eres bueno, Matías, tú no puedes quedarte callado y dejar que lo maten... ¡que no lo maten, Matías! Que no se te queden esos trapos rojos pegados al cuerpo para siempre, como si trajeras toda tu sangre por fuera...

Matías se santigua. Ya está listo para salir. - ¡Por la Cruz, Matías, hazlo por la Cruz!

Matías camina hacia la puerta. La tullida agita con violencia sus brazos, como queriendo desprenderse de su silla para ir a detenerlo. Se inclina mucho hacia adelante y cae, quedándose tendida en el suelo. Pero todavía, con los brazos extendidos hacia él, grita:

- ¡La verdad! ¡Sólo la verdad en esta noche de Cristo! Llorando, el niño intenta levantar a su madre. Matías se ha quedado muy quieto dentro de su traje de fariseo.

-Tú sabes que él no ha matado a nadie... no ha matado ni ha robado...

Matías va a levantarla. La acomoda nuevamente en su silla y con las manos comienza a quitarle la tierra que se le ha pegado en el rostro. Ella no puede estar callada:

-Matías, ¿tú viste a Marcelino matando al *yorí*?

-Lo vi.

- ¿Y viste dónde escondió el dinero?

-También lo vi.

-¿Marcelino sabe que tú lo viste?

-No sabe. Yo estaba escondido detrás de unas matas y después fui siguiéndolo sin que se diera cuenta.

-Y fue cuando Matías...

La tullida está aferrada a las ropas del fariseo. Él sigue limpiándole la cara con sus dedos mientras contesta:

-Sí, fue cuando Matías chico dio con el *yorí*. La verdad es como él la dice, que se agachó para ver si estaba muerto y como todavía se quejaba, cargó con él para llevarlo a la Casa Grande y apenas si había comenzado a andar con el *yorí* a cuestas, cuando lo vieron y dijeron que andaba queriendo esconder al muerto... que lo había matado para robarle el dinero que traía para la raya...

El niño ha cesado de llorar y, poco a poco, se ha ido acercando a la silla de su madre, hasta quedar completamente escondido detrás del respaldo. Matías ha

terminado de limpiarle la cara, pero todavía sigue parado en el mismo sitio, casi inclinado sobre la tullida, porque ella jala cada vez con más fuerza de sus ropas.

- ¡Y te vas a quedar callado! ¡Te vas a quedar callado en esta noche de Cristo!

-Todas las noches son de Cristo. La noche en que me dejaste tullirte sin decirme nada, también aquella era de Él. Desde entonces te has quedado callada, como si las palabras se te hubieran muerto para la verdad y la voz sólo te sirviera para llorar... y hasta hoy vienes hablando otra vez de Matías chico. ¡Matías chico es tu mentira, que, para no salirse, se te metió en la sangre y a mí me hace vestirme con el color de los fariseos cada noche de Cristo!

-Eso es por la voluntad de Dios, Matías. También por Su Voluntad son los años que llevo untada en esta silla. Pero a Matías chico, ¡sálvalo!

- ¡No!... no puedo ir en contra de mi hermano por un hijo que no sé si es mío.

- ¡Di la verdad para que no lo maten!

-La verdad te la quiero oír a ti. La verdad sin miedo. Si es que tienes pecado, ya lo pagaste... pero, por Cristo Dios, hazme saber en esta Noche Suya la verdad... dime, ¿es mi hijo Matías?

Ella suelta las ropas del fariseo y se queda callada un rato. Después pregunta, casi arrastrando las palabras:

-¿Lo salvas si te digo la verdad?

-No sé... tal vez sí... eso según me remache por dentro el dolor... el dolor y la vergüenza...

-Que Dios te ayude, porque yo, de todos modos, voy a decirte la verdad.

-Sí, por fin tiene que ser la verdad... yo te voy a creer lo que me digas, porque en esta noche la mentira se siente en la sangre. Anda, di... ¿mintió el difunto Anselmo cuando me dijo que Matías chico era hijo suyo?

-No mintió.

Los dos guardan silencio. Ella ha cerrado los ojos y, cuando vuelve a abrirlos, no distingue ya las dos aberturas por donde antes asomara la mirada de Matías. El capuchón parece haberse alargado, estirado en punta hasta clavarse en el techo. Por debajo del capuchón pende flácido el traje de fariseo, como si Matías hubiera huido dejándolo vacío. Mirando a los trapos suspendidos del techo, ella pregunta:

-Di, Matías, ¿vas a salvar a mi hijo?

El niño asoma la cabeza por detrás de la silla de la tullida, como esperando también la respuesta de su padre. Pero Matías no contesta. La puerta del jacal se abre: es el viejo Cosme otra vez. Trae el traje de pascola que horas antes se

llevara. Lo coloca en la misma silla y dice:

-El pascola Remigio está muy enfermo, Matías. Es de la voluntad de todos los pascolas que tú bailes en su lugar en esta noche de Cristo.

Toda la sangre de Matías se amontona de un golpe en su corazón cuando dice:

-Yo voy a bailar el pascola esta noche y todas las noches de Cristo... ¡Es la justicia de Dios!

-No la justicia, sino el perdón de Dios, Matías. Porque ya estás muy castigado y porque no hay otro pascola, Dios te perdona esta noche y nosotros te llamamos.

-Es la justicia de Dios, porque yo no fui injusto... tengo un hijo que es de otro y una mujer que no es mía... eso lo acaba de decir ella con sus palabras.

- ¡La justicia de Dios! Por eso habrá sido que se enfermó Remigio tan de repente y no pudo levantarse esta noche... sólo Dios sabe por qué sucede todo lo que sucede. Matías, por la voluntad de Dios y por la herencia de Sebastián, tu padre, tú vuelves a ser pascola esta noche y todas las noches de Cristo.

-Esta noche y todas las noches de Cristo... -repite Matáis.

El viejo Cosme se retira sin decir una palabra más. El fariseo se despoja rápidamente de su traje y comienza a vestirse con los atavíos de pascola. Se ajusta los *tenávaris* en brazos y piernas y en la cabeza, la peluca de largas hebras blancas de *ixtle*. Después se coloca la máscara del *viejo de la fiesta*, tallada en madera. El traje de fariseo yace en el piso, desparramado a los pies de la tullida.

-Matías, vas a dejar que maten a mi hijo?

El no contesta. Esta santiguándose ante una imagen de San Miguel. Después, se lanza hacia la puerta y sale golpeándola con violencia tras de sí. Ella se queda con los brazos extendidos hacia la puerta, esperando tal vez que él vuelva para darle una respuesta. La vela, ya casi consumida, se apaga dejando en la obscuridad a la tullida y al niño, que sigue muy quieto detrás de la silla de su madre.

Afuera, el estruendo de las olas y la algarabía de la fiesta cimbran la Noche de Jesucristo. Hombres, mujeres y niños se mueven cerca de las lumbradas. Los jacales están iluminados y sus puertas abiertas, pero no queda nadie en el interior de ellos. Todos están reunidos en las cercanías del Mezquite Grande. Han llegado ya los vendedores de bacanora y mezcal. También los músicos. Algunos de ellos, arrodillados ante las hogueras, están templando sus tambores. De vez en cuando los retiran para probarlos con dos o tres golpes y vuelven a acercarlos al fuego, hasta que el calor deja la piel tensa y sonora. Entonces, van a acucillarse en torno al *campo de los pascolas*, un vasto círculo trazado alrededor del Mezquite Grande.

Esta franja de tierra está rociada con agua bendita y no pueden hollarla más que los pascolas. Allí se levanta el altarcito hecho con pencas de pitayo, en el que, sobre un lecho de heno, descansa el Niño Dios traído en procesión desde Masiaca.

La fiesta ha comenzado. Los matachines, al son de algunos bules y chirimías, danzan dispersos entre la muchedumbre. Los fariseos desfilan lentamente. En silencio, con los brazos pegados al cuerpo y la cabeza inclinada sobre el pecho, reciben insultos y pedradas. Los pascolas, rodeando al viejo Cosme, están reunidos en un grupo aparte. A ellos se acerca Matías, el séptimo pascola.

-Dios contigo, Matías –saludan ellos en coro.

-Dios con todos los pascolas –contesta Matías.

Los músicos situados en torno al Mezquite Grande están listos. Sólo aguardan la señal del viejo Cosme. Por fin, éste levanta ambos brazos. Comienzan a batir los tambores. Todos se acercan al campo y guardan silencio. Los matachines cesan su danza. Es la hora de los pascolas. Con los brazos todavía en alto, el viejo Cosme procede al llamado ritual de los pascolas. Ellos, una vez amonestados individualmente, van saltando al campo para iniciar su danza. Cuando llega el turno a Matías, el viejo Cosme le toma el juramento con las mismas palabras que ha dicho a los demás:

-Matías, esta noche eres Pascola de Jesucristo. Para ti no hay relevo. Para ti no hay cansancio. Para ti no hay dolor. Para ti no hay familia. Para ti no hay frío, ni lluvia, ni hambre ni sed.

-Soy Pascola de Jesucristo. Para mí no hay relevo, para mí no hay cansancio, no hay dolor, no hay familia, no hay frío, ni lluvia, ni hambre, ni sed.

--Pascola Matías, esta noche la bondad de Jesús está en tu corazón. Todos te pueden ofender y humillar con sus preguntas.

-La bondad de Jesús está conmigo. Me pueden humillar y ofender.

-Pascola Matías, esta noche la voz de Jesús está en to boca. Vas a contestar con amor y verdad.

-Voy a contestar con amor y verdad.

-Pascola Matías, vas a contestar con paciencia y sin rencor.

-Con paciencia y sin rencor –sigue repitiendo Matías.

-Pascola Matías, esta noche vas a tener el amor de Jesucristo para los que odias.

-Esta noche voy a tener el amor de Jesucristo por los que odio –termina Matías e inmediatamente se lanza al campo para sumarse a los demás pascolas que ya están danzando.

Al finalizar el juramento del séptimo pascola, alguien lanza un cohete y la fiesta se reanuda. Los matachines vuelven a la danza y los vendedores de mezcal

comienzan a estar muy atareados. Por encima de la algarabía, se oye el ritmo de los tambores del Mezquite Grande y los *tenávaris* de los pascolas, sólo interrumpidos de vez en cuando por el estruendo de los cohetes. La marea, menos atrevida que otras veces, ha recogido las orillas húmedas de sus sayas y casi inmóvil, como una invitada tímida, está tendida al pie del altarcito sin mojarlo. "También el mar ha venido a la Fiesta de Dios" -piensa Matías.

Los pies de los pascolas remueven la arena húmeda. Los *tenávaris* de todos ellos suenan al unísono, mientras los movimientos del cuello, rompiendo el ritmo monótono de los tambores, imitan la gracia del venado. Nada en ellos permanece ocioso: mientras todos sus músculos se entregan a la danza, sus espíritus, tensos, están empeñados en un supremo esfuerzo por el amor, la bondad y la paciencia a que los obliga su juramento. También sus oídos están atentos para captar, por encima del barullo, las preguntas de los concurrentes. Pero estos no se han acercado a interrogar a los pascolas. Están todavía muy entretenidos consumiendo mezcal y lanzando cohetes. ". . . Todo lo que es de Dios esta aquí, todo menos el corazón de la tullida que se quedó encerrado en la misma covacha donde tienen a Matías chico..." Sólo Matías, sólo él esta distraído. Lo distrae esa mujer que se acerca a la lumbrada y también aquélla que se inclina para darle algo a un niño y esa otra que se ha quitado el rebozo."... Todos tienen parecido con la tullida, y qué parecido tan grande -piensa Matías-; como ésta caminaba ella antes y se agachaba como aquélla... se reía igual que ésa..."

Algunos, hartos ya de mezcal, se acercan tambaleándose al campo de los pascolas. Uno de ellos hace a gritos la primera pregunta:

-¡Pascola Facundo! A ti te pregunto, Pascola Facundo. Anda, di, ¿cómo fue que queriendo matar venado, agarraste la huella del perro de la Tomasa?

La respuesta de Facundo se pierde entre las carcajadas y gritos de los borrachos. Casi todos están ya rodeando a los pascolas. Las preguntas y respuestas se suceden con rapidez, poniendo a prueba el juramento de uno y otro pascola. De pronto, alguien grita:

- ¡Pascola Matas! ¡A ti te pregunto, Pascola Matías! Anda, di... quién es el padre de tu hijo el más grande? Matías parece no oír. Los ojos de la tullida, mirándolo desde todas partes, le impiden concentrarse en el ritual de los pascolas.

-¡Ora, Pascola Matías!, ¿que no oyes? ¿Quién es el padre de tu hijo el más grande? ¡Contesta con la verdad!

-Te contesto con la verdad -dice por fin Matías-. El difunto Anselmo es el padre de mi hijo el más grande.

-Ya que despertaste, Pascola Matías, dinos ahora, ¿con todo y eso, tú todavía

quieres a la tullida, verdad?

-Con todo y eso, yo la quiero todavía.

-Y ya que estamos en eso -sigue el borracho-, dinos, Pascola Matías, ¡qué tanto te tocó a ti del dinero que tu entenado le robó al *Yori*? ¡Contesta con la verdad!

-Te contesto con la verdad. Matías chico no le robó dinero al *Yori*.

- ¡Mientes!

- ¡Ese pascola miente! ¡Hay que sacarlo del campo!

Por encima del alboroto que causa la respuesta de Matías, alguien se hace oír:

- ¡Cálmense! ¡Él no miente...! Con trabajos está diciendo la verdad... no va a mentir para salvar a ése que no es su hijo... ¡Les digo que se callen!... A ver, Pascola Matías, tu dices que Matías chico no se robó el dinero. Entonces, para qué mató al *Yori*?

"Soy Pascola de Jesucristo... para mí no hay relevo, no hay dolor, no hay familia... no hay odio ni rencor..."

- ¡Anda, no te duermas, Pascola Matías!... Contesta con la verdad... ¿para qué mató al *Yori*, si no se robó el dinero?

-Matías chico no mató al *Yori*.

El barullo de la fiesta se apaga con las últimas palabras de Matías. Sólo se escuchan los tambores y los *tenávaris* de los pascolas. Hasta los matachines, suspendiendo su danza, están apiñados cerca de los pascolas. También los fariseos. Todos callan atentos sólo a las palabras del que está preguntando y del que contesta.

-Pascola Matías, fíjate bien en lo que dices. A tu entenado lo vieron con el muerto encima, ya para irlo a esconder. Y si no fue él... ¿tú sabes quién mato al *Yori*?

-Yo sé quién mato al *Yori*.

-Pascola Matías, ¿quién mató al *Yori*?

"A Marcelino me lo dejó encomendado mi madre... la verdad se hace odio si voy contra mi hermano... y Matías chico... él va a llegar corriendo para abrazar a la tullida..." La voz del otro interrumpe los pensamientos de Matías:

-Pascola Matías, contesta con la verdad. ¿Quién mató al *Yori*?

-Eso no puedo decirlo.

- ¡A ese hay que sacarlo del campo!

- ¡Sí! ¡Sí! ¡Hay que sacarlo del campo!

- ¡Hace rato que está tomándonos el pelo!

-Si no dice la verdad, lo sacamos del campo.

Ante la inesperada respuesta del pascola, los ánimos se exaltan y la gritería se

generaliza. Muchos están ya en el límite del campo, pero sin atreverse a allanarlo todavía. Pronto encuentran la solución: alguien ha lazado a Matías y cuando comienzan a arrastrarlo, interviene el viejo Cosme. Todos se apartan para dejarlo pasar. Él avanza con los brazos en alto. Matías está inmóvil, con el lazo fuertemente ceñido un poco más abajo de sus hombros. Todos escuchan en silencio las palabras del viejo Cosme:

-Esas no son palabras de pascola. Tu juramento te obliga, Matías. Tienes que decir la verdad. ¿Quién mató al *yorí*?

"...Si ahora hablo con la verdad... con la verdad es como si a mi madre también la estuviera yo tullendo a patadas... Pascola Matías -se dice Matías a sí mismo-, esta noche vas a tener el amor de Jesucristo para todos, para los que odias y también para los que quieres..."

-Yo... yo maté al *yorí*... yo tengo escondido el dinero -dice Matías en voz alta, y todavía con el lazo ceñido a su cuerpo, abandona el campo de los pascolas. Lentamente, se despoja de la máscara, de la peluca de *ixtle* y de los *tenávaris*.

-El que mata para robar nunca más vuelve a ser pascola -dice el viejo Cosme recibiendo el atuendo-. Porque no es hijo tuyo el mayor, di tú, Matías, y que todos lo oigan: ¿a cual de los dos quieres heredar pascola?

-Que todos me oigan: a Matías, mi hijo mayor, quiero heredar pascola.

Un vientecillo manso mueve las hileras de farolitos multicolores tendidos entre los mezquites. La luna se apresura por entre las nubes y, ya despejada del todo, se queda quieta encima del Mezquite Grande, como suspendida de su rama más alta. "También la luz de la noche se asoma a la fiesta... todo lo que es de Dios esta aquí..." -piensa Matías mientras se va alejando. La fiesta se reanuda. Metidos en la noche de Jesucristo, los pascolas prosiguen su danza.

Comienza a amanecer. Una neblina oscura envuelve la carcel de Masiaca, como si la noche, ya indefensa, se estuviera apretujando contra sus muros de adobe. Ante la puerta, y casi desplomados sobre un banco desvencijado, dormitan dos gendarmes.

- ¡Señor gendarme! ¡Señor gendarme!

Ellos, todavía amodorrados, miran al que intenta despertarlos: un indio casi desnudo, con sólo un rebozo liado a modo de taparrabos.

- ¡Señor gendarme! ¡Señor gendarme!

-Ya lo oímos, ya to oímos. ¿Qué se te ofrece a estas horas? -contesta por fin uno de ellos.

- Quiero ver al encargado, señor gendarme.
-¿Cuál encargado? Aquí no hay encargado... ¿Será al comisario?
-A él será si es así como nombran al más principal de todos. A él quiero verlo.
- ¡Qué ocurrencia! A estas horas no se puede. Está dormido. Regresa más tarde.
-Más tarde no, ahora tiene que ser... lo que tengo que decirle es muy principal... me puedo arrepentir y no regreso...
-Pues échalo ya, para ver si vale la pena despertarlo.

El indio revuelve algo dentro del rebozo que tiene liado a la cintura y saca un fajo de billetes arrugados.

- ¡Dinero! -dicen los dos gendarmes al mismo tiempo-. Di, ¿dónde te lo robaste?
-Eso es lo que vengo a decirle al señor comisario.
-A este necio ya nadie le saca más. ¡Anda, síguenos!

Tendido sobre un carne, el comisario duerme.

- ¡Señor comisario!
- ¡Con mil diablos! ¿Qué carambas es lo que...
-Un indio -interrumpe uno de los gendarmes-, un indio que trae mucho dinero...

El comisario se despeja rápidamente. Se frota los ojos y se alisa el pelo con las manos. Después va a sentarse detrás de su escritorio y pregunta:

- Vamos a ver, ¿qué indio es ése y qué es lo que quiere?
-Soy el indio Matías y vengo a decirle que yo maté al *yori* Pablo Romero.
-¿Y ese otro Matías que tenemos preso por lo mismo?
-Ese no fue. Yo maté al *yori*... y mire usted señor comisario, para que me lo crea, aquí está todo el dinero que le robé -añade Matías, colocando sobre la mesa el fajo de billetes sucios de tierra.

Glosario de modismos y voces de origen mayo empleados en el texto

Alhuates: espinas de los cactus.

Bichis: desnudos.

Candelilla: planta de enérgicas propiedades laxantes.

Cochis: cerdos.

Colorado: pez muy semejante al guachinango o el guachinango mismo.

Cuchulero: pescador.

Coyo: diminutivo de Socorro. Usase únicamente cuando este nombre corresponde a una mujer.

Chichimoco: variedad de mono muy pequeño.

Choyas: variedad de cactus redondo de grandes dimensiones.

Echos: variedad de cactus muy semejante al pitahayo.

Machaca: carne seca y pulverizada.

Maneas: frenos. De *Maneado*, modismo con el que se designa a los animales cuando se les tiene sujetas o amarradas las patas delanteras.

Matupari: variedad de mono pequeño.

Mazo: venado.

Mazobaqui: alimento preparado con carne de venado.

Palo Santo: arbusto de cuyas flores blancas se alimentan los venados.

Pascola: danza ritual de los indios mayos y yaquis. Literalmente significa *el viejo de la fiesta*.

Queleles: Aves semejantes al cuervo. Se dice que cortándoles la punta de la lengua adquieren la habilidad, a semejanza de los loros, de repetir las palabras que oyen.

Edición digital Pdf para la Revista Literaria Katharsis

[http:// www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)

Rosario R. Fernández

rose@revistakatharsis.org

Depósito Legal: MA – 1071/06

Copyright © 2008 Revista Literaria Katharsis 2008